



Estás en la Luna

Carmen Montalbán

Ilustraciones de
Pilar Millán



kalandraka

1

La cabeza de mi abuela

–Tu abuela ha perdido la cabeza –me dijo aquel día tía Fatma, cuando volví de la escuela.

A la vez que ponía las sandalias, sacudió mi cojín y me acercó el plato. Luego salió. Daba unos pasos tan rápidos, que la arena que levantaba del desierto empezó a flotar en mi sopa y a pegarse entre mis dientes.

Porque, como es natural, yo tenía la boca abierta. Quería pedirle a tía Fatma que repitiera en hassania, nuestro idioma, eso de que mi abuela había perdido la cabeza. Tía Fatma apenas sabía español. Era raro que no se equivocase. Habría dicho «cabeza» donde tendría que haber dicho «tetera», por ejemplo.

Pero tía Fatma, que solía ser muy tranquila en todo, hoy fue más rápida en hablar que yo. Apartó la cortina, asomó la cabeza y me dijo en hassania, desde fuera:

–Voy al hospital, Baraka. Hoy tendrás que comer sola.

Dijo «sola» desde muy lejos, cuando yo ya estaba sola; sola me quedé, con el polvo que mi tía había levantado, el plato de sopa cubierto de arena y, en la boca, la pregunta de si mi tía habría hablado en serio. Lo único que mastiqué aquella tarde fue tierra. Al mirar a mi alrededor, me rechinaron los dientes más que nunca.

Mi abuela perdía todos los días dos o tres cosas, casi siempre algún cacharro de la cocina. Mientras las buscaba, entre risa y risa,

nos decía: «Algún día perderé hasta la cabeza». ¿Se habría cumplido lo que predijo?

Yo estaba terriblemente asustada preguntándome eso. Estaba tan asustada que, aunque no quería creer que mi abuela, de verdad, hubiera extraviado su cabeza, mis ojos se paseaban de un rincón a otro de la cocina sin que se me movieran ni las pestañas. Ahora me da vergüenza recordar aquella niñería, pero de eso ya ha pasado un siglo. Tres años, por lo menos, sí han pasado. Entonces estaba a punto de cumplir nueve, y ahora acabo de cumplir los doce. Las niñas de nueve años son bastante más listas de lo que yo era en aquellas fechas.

Recuerdo que miré el dibujo de la alfombra aguantando la respiración y pensando en el susto que podía llevarme si encontraba la sonrisa de mi abuela Bahía asomada debajo de algún cojín.

El viejo baúl de palmeras doradas estaba detrás de mí. Por eso, aunque debí de pasar horas sentada en el suelo, ni siquiera intenté apoyar la espalda. Porque ese baúl era el tesoro de mi abuela. Ella guardaba la llave. Lo abría casi a escondidas, cuando mamá y mis tías salían de la cocina con la garrafa de agua y la cacerola, y yo parecía entretenida cepillando las migas del mantel. Lo que creo que nunca sospechó mi abuela era que yo la estaba vigilando. Con el rabillo del ojo veía el cuidado que ponía en asomarse al baúl, como si hubiese encerrado en él una gran colección de saltamontes y temiese que se le escapase alguno. Más que levantar la tapa, metía la cabeza.

Yo tenía miedo aquel día de que se la hubiese dejado allí dentro, en el baúl que estaba detrás de mí. Pensar que era ahí donde mi abuela encontraba todas las cosas que perdía hacía que el corazón me latiera más y más deprisa. De rato en rato, recobraba la

calma pensando que mi abuela no guardaba en él ningún escorpión, ninguna serpiente ni ningún artilugio de magia negra. No era nada de eso. Aunque no recordaba haber visto nunca lo que contenía, mi mamá me lo había dicho ya mil veces, con voz paciente. Ese baúl no era más que el equipaje que mi abuela preparó cuando era joven para dar la vuelta al mundo con el abuelo Abdulá y con sus hijos, que entonces eran pequeños.

—No es más que equipaje —solía tranquilizarme mi mamá—. Aunque haya acabado en Dajla y siga en el mismo rincón desde hace treinta años, ese baúl sólo encierra unos pocos bártulos para viajar. Simple equipaje, Baraka. Simple equipaje.

«Simple equipaje, Baraka», me repetí a mí misma. No sé cuántas veces lo había susurrado cuando dejé de buscar con los ojos la cabeza de mi abuela y alcé la vista. De repente, se había hecho de noche. Una enorme luna llena clareaba por detrás de la cortina. Al volver a bajar la mirada, ya no distinguía el azul de la alfombra. Había oscurecido tanto que los cojines no tenían colores. Ya ni siquiera eran bultos.

—Simple equipaje —me dije otra vez.

Y, al fin, cobré valor para levantarme a encender la vela. Buscando las cerillas, metí los dedos en la sopa pegajosa y fría. Encendí una a tientas y protegí la mecha con los dedos mojados. Aunque no soplaba el siroco, me pareció que la cortina se movía con el viento. La llama había crecido ya todo lo que podía crecer, así que aparté la mano y levanté la vista.

Entonces la encontré: detrás de la cortina, apareció la cabeza de mi abuela. Antes de que la vela se me cayera al suelo, pude ver que tenía una sonrisa tristísima, más triste que una llama que se está apagando. Mirándola, emití esa especie de gruñido con que se

coge carrerilla para un grito, pero no grité, porque, como es natural, la cabeza de mi abuela seguía unida a su cuerpo. Vi sus hombros alumbrados por la luna, como si los hubiesen dibujado en mitad del círculo blanco, y respiré.

–Pensé que habías perdido la cabeza –dije con una vocecita que no creí que pudiera escuchar nadie.

–La memoria, Baraka –susurró mi abuela–. Es la memoria lo que estoy perdiendo.